

Antonio Acevedo Hernández

LA CORTESANA DEL TEMPLO

Interpretación Bíblica en tres épocas



SANTIAGO DE CHILE
DIRECCIÓN GENERAL DE PRISIONES-IMP.

—
1939

LA CORTESANA DEL TEMPLO

Interpretación Bíblica en tres épocas



SANTIAGO DE CHILE
DIRECCIÓN GENERAL DE PRISIONES-IMP.

1939

LA CORTESANA DEL TEMPLO

Drama en tres épocas

PERSONAJES

Gomer, la Cortesana.
Oseas, Profeta de Israel.
Agar, esclava de Elidor.
Syringa, cortesana griega.
Elidor, mercader persa.
La Madre de Oseas.
Eleazar, familiar de Oseas.
Abinazar, amigo de Gomer.
Osmán, el joven camellero.
El Sumo Sacerdote.
Una bailarina egipcia.
Un Soldado.
Varios Mendigos.
Tres cortesanas de Samaria.
Los Tocadores de arpa y salterio.
Los tres hijos de Oseas.
Los hombres de la Caravana.

Hombres — Mujeres — Cortesanas.

La acción en Samaria 720 A. J.

Santiago — 1936.

PRIMERA EPOCA

Una calle de Samaria. A la izquierda los pórticos del templo, escalinatas practicables. La calle se prolonga en perspectiva. Horizonte, cielo puro.

—Salen del templo **Hombres** y **Mujeres**, muchos abrazados de las caderas. **Elidor**, rico mercader persa viene hacia el templo. Cuando empieza a subir, una nube de **Mendigos** lo detiene.—**Un Soldado**.

Un mendigo.— Gran señor, yo sé que eres generoso como un rey; compadécete de este pobre mendigo. Jehová te lo pagará.

Otro mendigo.— Tú que eres majestuoso como el Carmelo, apiádate de mí. Mira mis brazos descarnados, mi boca reseca por el hambre, dame una moneda y los dioses te bendecirán.

Un tercer mendigo.— Dad al pobre, dicen los

profetas, dad al pobre para que vuestro dinero escape de la maldición.

Todos los mendigos.— Señor, señor, poderoso señor!

(*Elidor* da a todos, la *Muchedumbre* lo cerca. Todos le piden a gritos, es una horrible confusión).

Elidor.— ¡Basta ya! ¡Recua de leprosos! No me toquéis! ¡Basta ya! (*Un Soldado* los retira violentamente, dándoles con una vara).

—*Elidor* va a dirigirse al templo, empieza a subir cuando se oye música y aparece **Una bailarina egipcia**, acompañada de **varios Tocadores de arpas, Trompetas y salterios**. Baila. Es joven, morena mate y toma actitudes que van de lo hierático a la mayor exaltación erótica. La muchedumbre que la rodea aúlla de placer, y de dolor. Todos los anhelos hacen más seductora su sonrisa que es como un brillar de astros. Cuando el baile termina queda con la boca abierta y le tiemblan los costados y el corazón.—*Elidor* se acerca a ella.

Elidor.— Bailas como si tuvieras alas. Tus pasos sutiles no romperían un piso de seda que estuviera suspendido. De tu cuerpo se desprende un perfume que no lo tiene ninguna flor. En tus ojos oscuros como la duda, brillan todos los presentimientos. ¿De qué tierra eres?

La Bailarina.— Nací junto al Nilo, mi madre era babilónica, bailarina como yo, y griego mi padre. He estado en todas partes.

Elidor.— Yo te he visto en algún sitio.

La Bailarina.— Sí, señor, en el desierto. Allí bebí de tu agua y tú... ¿no recuerdas mis besos?

Elidor.— Tus besos... ¡Oh! ¿Quiéres una vez más de mi agua?

La Bailarina.— ¡Oh, señor! Tu agua, saciándome, me ha dejado una sed de siglos. Ningún vino, ningún ensueño grato puede embriagar más.

Elidor.— También embriagan tus besos. Tu vientre pulido ha sido hecho con pétalos

de flores caídas de la luna, tus ojos son ventanas para mirar lo eterno, tus brazos, lazos de azucenas bajo el sol, y tus piernas, ah, tus piernas son como las columnas que sostienen el cielo. Ven conmigo.

La Bailarina.— Seré como la sombra de tu cuerpo. Bailaré para tí en todas las rutas, pondré nueva ilusión, nuevos panales en mis besos, y en todo mi cuerpo perfume de amor.

Un Mercader de esencias.— Perfumes de la Arabia, señor, esencias de Etiopía, aguas que convierten el pensamiento en quimera y la vida en una cosa amable.

Un vendedor de telas.— Nada mejor, nada más rico que mis telas tejidas dentro del misterio de un templo del Oriente.

Elidor.— Basta, mercaderes, llevad cuanto tengáis a casa de Jonatán, donde me hospedo.

Los vendedores.— Eres más generoso que un rey, Jehová te guarde.

—Oseas ha llegado. Es aún joven, tiene cuarenta años. Sus ojos vierten serena y dolorosa claridad, ternura y deseos infinitos; pero sus labios están plegados por un rictus de dolor. *Elidor* y la *bailarina* se han vuelto para mirarlo deteniéndose en el límite de la escena. *Gomer*, joven cortesana ataviada como para una fiesta baja también la escalinata, mira a la *Bailarina*, después a *Elidor*, a quien sonríe y luego a *Oseas* que la contempla con severidad. *Syringa*, la griega, llega desde el fondo envuelta en su manto albo, se detiene cerca de *Gomer* y observa a *Oseas*. Antes de desaparecer, *Elidor*, besa a la *Bailarina*, la muchedumbre aplaude. Siguiendo a *Elidor* se alejan los músicos, la *Bailarina*, *Cortesanas* y mucha gente.

Oseas.— Como leño seco se quemará su cuerpo, y, mientras él aúlla de placer, se aumentará su alma.

Gomer.— ¿Abominas del amor, profeta?

Oseas.— Quién eres tú que me llamas profeta?

Syringa.— *Gomer*, no hables a éste que perora en todas partes molestando los oídos y que dice lo que no siente. Yo lo he sorprendido muchas veces extasiado ante las mujeres.

Oseas.— (Oyendo la risa de *Syringa*). Ríe, ríe griega, que tu risa será tan larga como tu juventud). (Se va).

Gomer.— Este hombre es muy interesante. Cuando habla parece que de sus labios se desprenden llamas. No creo que pueda

haber otro que sea más apasionado. Y yo lo encuentro hermoso; más interesante que los jóvenes.

Syringa.— Tú tienes curiosidad de amor; tú no te saciarás nunca. ¿Crees que podrías amar—como se ama—a ese profeta?

Gomer.— De noche—a la hora que invoca a Jehová—me acereo a su huerto, y me parece tan grande que me sobrecoge. Muchas veces—ante él—he doblado mis rodillas.

Syringa.— Es profeta de un Dios implacable que castiga todo placer, de un Dios enemigo de la alegría, de las galas, del amor. *Oseas*... creo que se dirige hacia acá. Es un loco, sería capaz de repudiar a *Afrodita*. Te dejo; buena suerte con tu conquista. Si la logras podrás domar leones.

—Sale de nuevo *Oseas*, e, involuntariamente se detiene ante *Gomer*.

Oseas.—¿Me hablaste, mujer?

Gomer.— Te pregunté si abominabas del amor.

Oseas.—No del *amor vivo*. El amor vivo es como el pan hecho con buena levadura y cocido a punto. Ese pan se hincha y es delicia de los estómagos; pero si no la tiene buena, sólo es algo duro, de mal gusto y quemado.

Gomer.— Mucho sabes de pan profeta.

Oseas.—Pan he cocido para alimentar a la gente. ¿Tú sabes algo del amor?

Gomer.— Del amor vivo. Muy niña me trajo mi madre al templo para consagrarme al amor. Del amor he vivido.

Oseas.—¿Tú crees que tu vida es de amor? Trabajas en el templo entregando tus caricias para sostener el culto y lograr tu alimento. A tí van, al mismo tiempo, el padre y el hijo y el hermano, el apasionado y quien no siente el amor... cuantos lo desean yacen contigo y no vuelven. ¿Te satisface tu situación? ¿Nunca has tenido asco de ella? No lo podría creer, tienes aspecto de mujer buena. Mucho te he mirado yo.

Gomer.— Te he visto, profeta. (Pausa). Dime ¿tú me desprecias?

Oseas.— No, Gomer; pienso que, acaso, un verdadero amor te salvaría.

Gomer.—(Como recordando). Muchas veces me has mirado... ¿Te gusto, profeta?

Oseas.—Dulce es de mirar y dulce de gozar, la mujer; pero jamás la buscaré dentro del pecado.

Gomer.— (Acercándosele). Dime, profeta, ¿qué cosa es el pecado?

Oseas.—¿El pecado? ¿No lo sabes tú que vienes de él?

Gomer.—Según mis dioses cananeos, no cometo pecado.

Oseas.— Tus dioses, son dioses de mentira. Sus ministros ejecutan obras de execración. ¿Por qué llevas esas galas? ¿Para tentar almas? Sabes mirar como ninguna y tu profesión es el placer que mata. ¿Cómo puedes pensar que lo que haces no sea malo?

Gomer.— Es mi trabajo, podría decir mi ministerio, gano con él mi pan y mi aceite.

Oseas.—Sé que te llamas Gomer y que te glorias de ser fornicaria. Ya te lo dije antes, eres como una loba. Tu cuerpo blanco es una llama de incendio, tus cabellos, adornados con joyas son los dedos de la tentación; tus ojos quemados como carbones encendidos y tus manos...

Gomer.— Mis manos y mi cuerpo saben de

las caricias más embriagantes. Estás adorable como un dios, así, irritado. Acérrate, déjame amarte, déjame amarte, déjame acariciar tus barbas y tu boca, déjame adornarte con mi cuerpo que tú desconoces.

Oseas.— ¡Atrás! ¡Eres una mujer puesta en mi camino por el demonio!

Gomer.— Por el amor, profeta. No todo es pecado. No todo lo hace el demonio. Mírame, aspira mis perfumes, besa mis labios... Sígueme y te daré lo que no puedes sospechar. Te daré lo que han gustado a medias, príncipes y sacerdotes, ¡lo que tu Dios jamás te podrá dar! Ven conmigo. Profeta, me hacen falta tus caricias. ¡Pareces un árbol que caminara! En tus cabellos y en tu barba está detenida la noche. Envidio el manto que te abraza. En tus labios que maldicen el pecado, veo los panales más dulces; profeta, dame de tus mieles.

Oseas.—¡Cállate!

Gomer.— Tus brazos son como el tiempo; lleguen a la eternidad, quiero tus brazos. Sé que en tu corazón hay estremecimientos de pasión, ternura de niño. Tu alma es agua pura, agua que canta, que si me inundara me purificaría. Siento que cuando te veo soy mejor.

Oseas.— Es mentira, el demonio habla por tus labios. Tú eres una mujer en celo. Ve tras tus amantes, busca en ellos tus vestiduras tus zarcillos, tus pulseras y tus ojarcas. Yo no pido sino censuras para los que cumplen la ley de Jehová.

Gomer.— Dulces me son tus palabras rudas; dulces me serían los azotes dados por tí. Ven, profeta, mi cuerpo desnudo, blanco como una ofrenda de lino, aceptará con regocijo lo que tú le des.

Oseas.— Déjame marchar, no me pidas cosas imposibles. Tus palabras caen sobre mi corazón como el agua que se vertiera sobre el desierto. Israel se divierte, Israel se pierde en fiesta. Los poderosos edifican su poder sobre el hambre y la desnudez de los pobres. Almas de lodo, vuestros placeres de amor, fuego son y sólo ceniza engendrarán. Vosotros perderéis la raza que Jehová cultivó como un jardín. ¡Entiende, mujer! tu palabra es como el viento del desierto que todo lo arrasa. ¡Vete!

Gomer.— Oyeme antes, compréndeme: He visto tus ojos en los míos, he bebido tu sonrisa y oído tu palabra ruda, pero tierna. Dime, ¿por qué me has mirado tanto? ¿Acaso para aprender a odiarme?

Oseas.— Tu cuerpo es un círculo de exterminio. ¿Sabes lo que hace el que busca tus caricias? Destruye—ya te lo he dicho—su alma y su cuerpo y, por consiguiente, anula su posteridad. Siembra dolor y desolación.

Gomer.— ¡Oh, profeta!

Oseas.— Tú, mujer, deberías ser como el pan bien sazonado, como el canto del niño, entregarte pura de sentimiento, pura de pensamiento para engendrar hijos que fueran gloria en este mundo, gloria ante Jehová.

Gomer.— Háblame de Jehová, yo apenas lo conozco. ¿Qué debo hacer para llegar a él?

Oseas.— Ser buena.

Gomer.— ...Ser buena...

Oseas.— Empieza quitándote esas vestiduras, horra esa sonrisa que enloquece, deja el templo de Canaán y no te entregues más al amor vendido. Jehová proveerá tu aceite y tu vino. Porque ramera eres en el templo y fuera de él. (Pausa corta). Me arrepiento de haberte mirado.

Gomer.— Y yo, profeta, estoy feliz de haberte oído. En tus palabras más rencorosas canta un amor que desconozco. Tus palabras son para mí como lo sería... el mandamiento de tu Dios, Jehová.

Oseas.— Cállate, mujer, hasta el invocar a Jehová es profanación en tus labios.

Gomer.— Si tú que eres tan bueno me rechazas, no me queda ninguna esperanza. Te ofrezco lo que soy: mi cuerpo de veinte años que los soñadores dicen que es una flor. Te ofrezco el fervor de mi corazón

y te aseguro que mis oídos jamás dejarán de oír tus palabras. Tu ceño fruncido, tus puños cerrados, promesas son para mí. Castígame, profeta, es verdad que soy mala; pero no lo seré, creo que no lo seré si tú me acoges. No seas mi amante, profeta, no quiero tu amor. Exeera mis pecados; más deja que marche a tu lado y que te oiga y te sienta. De tus labios que son buenos como el crepúsculo, aprenda la verdad. Pareces —ya te lo dije— un gran árbol que llegara al cielo y en cuyo ramaje habitara la noche. Tus ojos arden con fuego divino, mírame, profeta, aunque su fuego me fulmine. ¡Qué grato me sería morir encendida por la llama de tus ojos! Frágil y blanda soy; arderé bajo el fuego de tu mirada y luego seré solamente un montoncito de cenizas que dirá infinitas veces tu nombre adorado, porque cada partícula de esa ceniza te amará. Acógeme profeta, si no quieres responder de una vida. Acógeme si no deseas que el llanto, el primer llanto de amor, me ahogue. Mírame a tus pies, profeta, tuya soy, ¡acógeme! (Se arrodilla).

Oseas.— Levántate, mujer, y medita altamente en tu corazón; medita mujer, ora a Jehová y... déjame. (En sus palabras hay una profunda emoción. Gomer besa su túnica y se aleja curvada por el peso de su inmensa comprensión del amor).

Oseas.— (Contemplándola). Si su verdad fuera verídica, Jehová la acogería.

—Aparece la Madre de Oseas.

La Madre de Oseas.— Los soldados te buscan, huye a Jerusalén, anda, tenemos un camello listo. Huye, si no lo haces te encerrarán en prisión, tal vez te matarán.

Oseas.— Madre, yo no puedo abandonar Samaria; he de decir lo que debo, la muerte me encontrará en mi sitio.

La Madre de Oseas.— Pero muévete de aquí donde necesariamente te encontrarán, huye, no seas loco.

Oseas.— Madre, yo no puedo abandonar este sitio.

La Madre de Oseas.— (Viendo a Gomer que baja las escalinatas). ¡Ah! ya sé lo que te encadena; me lo habían dicho.

Oseas.— ¿Qué te habían dicho?

La Madre de Oseas.— Que pasabas tu vida contemplando a esta ramera.

Oseas.— Creo que esta mujer no tiene alma de ramera.

La Madre de Oseas.— He cumplido con mi deber al decirte el peligro que corres; tú sabrás si escapas. Lo que no te podré perdonar es que, por tu causa, los soldados pasen en mi casa. Tú no tienes que profetizar. ¿Qué te importa a tí que el mundo se hunda? Tú no lo vas a enderezar. Eres, sin duda, inteligente, deberías estar junto a los poderosos; tendríamos dinero y comodidades; en cambio, por tu locura profética, tenemos sólo estrecheces y persecuciones.

Oseas.— Madre, dejaré tu casa, habitaré en el mundo como las estrellas, como las hierbas del campo.

La Madre de Oseas.— Jamás entenderás. Eres

como los niños, no te das cuenta de lo que te conviene. En pecado debí nacer para haber engendrado semejante necio. (Se va furiosa).

Gomer.— Señora, usted no lo entiende.

Oseas.— Gomer, ¿hablas la verdad?

Gomer.— La verdad. ¿Cómo podría engañarte?

Oseas.— Tendré que alejarme.

Gomer.— Le dijiste a tu madre que yo no era una ramera...

Oseas.— Dije que creía que tú no tenías alma de ramera. Tú deberás comprobarlo.

Gomer.— Oseas, no seré ya cortesana. Tu palabra ha sido como el viento de Dios, como el viento que barre los nublados: me ha purificado. Gracias, Oseas, gracias.

Oseas.— Adiós, cuando vuelva te buscaré.

Gomer.— (Suplicando). Llévame contigo.

Oseas.— Aún no es llegada tu hora. (Se va).

Gomer.— No soy una ramera, tendré otra vida; sentiré la felicidad! (Se queda como en éxtasis mirando al cielo).

—Aparece **Abinazar**, babilonés rico, amante de Gomer

Abinazar.— Gomer.

Gomer.— No me busques, no puedo ir contigo.

Abinazar.— (Tomándola de los hombros). ¿Por qué?

Gomer.— No puedo, no haré más eso, no lo haré más, perdóname, pero no lo haré más.

Abinazar.— Me habían dicho que amabas a un loco que grita cosas desagradables.

Gomer.— Ese hombre no es un loco; ese hombre lleva en su vida una verdad que yo desconocía. Sus palabras me han atravesado el alma con su luz. Déjame, no me sigas, porque ni muerta me conseguirás. (Se aleja hacia el templo).

Abinazar.— Está loca, pobre mujer... ¡Y tan hermosa! (Se va).

—Oseas vuelve y mira a todas partes, vacila y luego se dirige al templo. Empieza a subir cuando aparece su familiar, **Eleazar**.

Eleazar.— ¡Oseas!

Oseas.— (Se vuelve y baja, parece avergonzado) ¿Me buscas?

Eleazar.— Quiero que te marches.

Oseas.— No puedo.

Eleazar.— ¿Qué te detiene?

Oseas.— No lo se explicar.

Eleazar.— Estás enamorado de una ramera, lo pregonan en toda Samaria, ya nadie te creerá. Gritas contra la mujer fornicaria, y la sigues y la buscas. Ya nada tienes que hacer aquí. Andate. Lejos podrán oír tus palabras, aquí no.

Oseas.— Yo hablaré con tanta fuerza que las oirán.

Eleazar.— Es que tú vas tras el pecado que condenas.

Oseas.— Tú no me comprendes; no me lleva el pecado tras esa mujer; es una inspiración de Jehová. El me manda tomarla. Yo no quiero pecar con ella. ¿Entiendes? Mira, nada que no se conozca se puede menospreciar. Esa mujer, tiene, como nosotros, un alma. Aunque se haya dado a muchos es virgen de amor, no sabe lo que es el amor. Esa mujer sufre mucho. En este momento su alma se está forjando a golpes como el hierro en la fragua. Ha oído mis palabras como yo he oído su dolor. Déjame, Eleazar, no marchó hacia ella con-

ducido por mi instinto, sino por Jehová, ya te lo he dicho. Siento que me dice: "Esa mujer es como Israel que idolatra y se entrega a distintos dueños, a Israel hay que redimirlo, también a esa mujer, pues son semejantes".

Eleazar.— Veremos quien te va a redimir a tí cuando te cubra el desprecio de todos los que puedan pedirte cuenta. Veremos lo que harás cuando esa mujer, siguiendo sus impulsos, te abandone, y te veas impelido a seguirla como un esclavo. El amor es una cadena de sacrificio, una fuente inagotable de lágrimas. Tú no conoces el amor. Eres ingenuo como un niño, entregas tu alma desnuda, sientes como nadie los dolores y las alegrías; sufrirás mucho. Yo desde luego, te compadezco. Anda con esa mujer, haz tu hogar con ella y verás que, solamente tú, no serás su dueño. Anda y verás sobre tí la burla y el sarcasmo. Ella—ahora—te engaña y se engaña. Creció en el daño, en él morirá y en esa muerte te envolverá a tí, pobre ilusionado ¿Lloras? No empieces todavía, que tiempo te queda para hacerlo. No llores antes de empezar el camino.

Oseas.— Llora porque me hace un gran daño el que tú supongas que para esa mujer no hay rumbo. Todas las sendas parten de Je-

hová y a él van. Yo encontraré un camino para esa mujer, yo la envolveré en mi corazón y le daré la paz y la dulzura que jamás conoció .

—Aparece un Soldado. Gomer baja la escalinata

Un Soldado. — Oseas, profeta de Israel, acompáñame. Has insultado al rey y a los dignatarios, mereces el castigo. ¡Sígueme!
Oseas.— Yo no he dicho sino la verdad. Llévame a prisión. No seré el primer inocente que gima entre hierros. Años vendrán en que una más grande que yo, será muerta por la injusticia humana. Y escucha: El que me encierren o castiguen con correas o maten, no disminuiré los crímenes de los gobernantes idólatras y disolutos, de los poderosos explotadores de los pobres y transgresores de la ley de Jehová, ni de los borrachos o fornicarios. Día llegará en que las mujeres no podrán ya tener hijos porque el fuego del placer habrá devorado sus entrañas, e Israel, sin contar con defensores, esclavo será de los comarcanos. Llorará la hija de Israel atada con cadenas y será concubina de extranjeros idólatras. Trabajarán llagados del cuerpo y del alma los israelitas que no supieron conocer la voz del que los arrancó del desierto y les dió sus leyes. ¡Y por la casa de los reyes pasarán la espada y el fuego y no que-

Eleazar.— Aquí llega un soldado que, seguramente viene por tí. (Se aleja para no comprometerse).

dará, de su poder sino ceniza!

El Soldado.— Sígueme.

Gomer.— No lo llevarás Samuel, él es bueno y dice la verdad, tú sabes que dice la verdad. En nombre de nuestra vieja amistad te suplico que lo dejes ir. El abandonará Samaria.

Oseas.— Mujer, ¿qué hablas?

Gomer.— Perdóname; pero no quiero verte encerrado. Samuel es mi amigo, te comprende no te llevará. ¿Verdad, Samuel?

El Soldado.— No lo llevaré esta vez; pero que tenga cuidado.

Gomer.— ¡Oseas!

Oseas.— Esta mujer ¿me habrá salvado o empezará a precipitarme en el vacío?

Gomer.— Me tienes mucha desconfianza. ¿Me quieres muerta? Quiéres que me extinga como una llama con tu nombre en los labios? Quisiera sufrir hasta la muerte para borrar mis pecados... para ser digna de tí.

Oseas.— Gomer, eres digna de mí, llevas en el alma una luz que quemará tus maldades. Tú llegarás a la santidad.

TELON

—Huerto en la casa de Oseas. Muy tarde. Las estrellas empiezan a palidecer, se acerca la hora azul del amanecer. Una gran luna se destaca magnífica sobre el lomo de un monte que circunda el horizonte. Silencio completo.

—Oseas, como una silueta etérea que se deslizara por la tierra llega al huerto y se refugia bajo un árbol, cuyo ramaje, traspasado de luz de luna dora la tierra negra de discos de plata.

Oseas.— Jehová ¿qué aire de angustia agita mi corazón y corre a lo largo de mi cuerpo? ¿Qué es esto que me extremece y debilita mis piernas? ¿Qué es lo que inunda mis ojos de lágrimas y mi alma de deseos desconocidos?

Una voz lejana.— Es el amor.

Oseas.— ¿Qué voz resuena dentro de mi ser, quien habla distante y cerca, qué frase, qué deseo me envuelven en una espiral de angustia? ¿Es el amor? (Pausa). Pronto amanecerá. Mis ojos han rechazado el sueño, mi boca el alimento, mis manos buscan algo desconocido.

Una voz lejana.— Es el amor.

Oseas.— Es el amor. (Música suave se eleva desde los árboles. Una canción hace más hermoso el silencio. Es una canción que solamente el profeta oye, porque canta dentro de su ser).

La Canción.— Angustia es el amor, muerte que palpita y que extremece es el placer de amor; lazo que ata a lo eterno es el amor, escala que sube a lo infinito, canto que mana del alma y que vibra al compás del corazón es el amor. Sigue tras el amor, sabrás como es la muerte, sabrás como es la vida, vivirás esta canción de amor.

—Oseas ha escuchado extasiado. Alza al cielo los brazos poderosos, resplandece su túnica esmaltada de luna.

Oseas.— Jehová, Dios que habéis puesto en mi alma esta pasión, dadme fuerzas para luchar. Si no me perdonárais no osaría presentarme ante Vos, ni decir vuestra palabra. Jehová, si este amor es pecado, que

mi lengua se disuelva, que se tornen cal mis huesos y que caigan como frutos mis ojos.

Una voz lejana.— Elegido de Jehová es el que ama.

—Gomer entra al huerto envuelta en un manto de sencilla tela. Sandalias de cabrito, sin adornos las orejas, el cuello, los brazos ni las piernas.

Gomer.— (Como en un susurro). *Oseas.*

Oseas.— (Como despertando de un sueño o entrando a otro, corre hacia ella). ¡Gomer!

Gomer.— Te he buscado a través de la noche; a través del sueño; te he buscado. Sentía una angustia desconocida que destrozaba mi ser y que me condujo hasta aquí. Quería verte para no morir. *Oseas*, no se que habría sido de mí si no te hubiera encontrado. Creo que moriré si no me hablas. Guardo en mis oídos tus últimas palabras y las romperé a fin de que jamás puedan oír otras. Háblame, *Oseas*, todas mis joyas arrojé; son sencilla como pastora, no tengo sino un deseo: amarte.

Oseas.— Mujer, has penetrado cautelosamente en mi alma; has venido como el sonido lejano, como la brisa que besa el jardín. Tus pies son como alas de paloma. Te veo y siento que eres delicia de mis ojos, fuerza de mi corazón. Mis brazos van hacia tí dominando mi voluntad, quieren la realidad de tu cuerpo, la carne de tu alma, la flor palpitante de tu corazón. ¡Ven! (La abraza infinitamente. Es un abrazo que hace crujir los huesos de la cortesana). Oigo tu sangre, tu sangre me inunda, el calor de tu cuerpo me quema, dame tus labios, dame tus labios! (La besa). No es mejor la miel que dan las flores, ni el vino de las viñas que se abrazan a las rocas. Me embriaga el perfume de tu cuerpo, me embriaga el canto de tu alma. ¡Sé que te amo!

Gomer.— *Oseas*, soy feliz, tú me diste la felicidad. Yo sentía desde la distancia el latir de tu corazón. Tómame, soy tuya, no tengo más que esta envoltura mortal, destrúyela. Viva yo un instante tu amor an-

gustiado y después inúndenme todas las sombras. Un manantial de angustia me envuelve, mis lágrimas más ardientes riegan este momento en que nazco, verdaderamente, no en la cámara de mi madre, sino bajo esta aurora engalanada de astros y bajo tu mirada, y tu palabra y tu amor. (Canto de pajarillos en el amanecer).

Oseas.— *Gomer*... (La recorre con sus manos, con sus deseos enteramente, ya no tiene palabras, su mundo está reconcentrado en ella solamente).

Gomer.— Las aves despiertan, pronto vendrá el sol. Las aves se aman bajo la blancura azul del amanecer. Amame, *Oseas*, amame en tu huerto, en un lecho de flores, amame como Adán a Eva, como Booz a Ruth. Amame antes que desfallezca. No pienses, profeta. Mira mis ojos que contienen tu figura, tuyos son, apágalos. Mira mis brazos, lazos de nardo para estrecharte, vé mis labios llenos de besos ardientes como flores de sol, para tu cabeza en mis hombros pulido en mis pechos de leche y rosas; oye mi corazón que muere por tí, mira mi vientre suave como tu ternura, mírame y gózame. Caricias conozco que a ningún mortal he revelado. *Oseas*, *Oseas*, pronto saldrá el sol y morirá el encanto de la aurora. Dame tus labios, dame tus besos, tu sangre, mátame de placer, soy tan tuya como tus palabras. ¡ámame hasta la eternidad! Salta a su cuello y le ofrece todas sus caricias. Hay un beso que vale por una vida. Música y canto de aves durante todo este parlamento, la música sigue unos segundos después de bajado el.

TELON

SEGUNDA EPOCA

—Sala en casa de la madre de Oseas.

—La Madre de Oseas, Eleazar.

La Madre de Oseas.— Me han dicho que Oseas ha llegado a Samaria .

Eleazar.— Prometió estar aquí para la fiesta de los Tabernáculos. No es raro, pues, que se haya encaminado hacia acá.

La Madre de Oseas.— ¿Cómo le daremos la noticia?

Eleazar.— Así... como se dan todas las noticias.

La Madre de Oseas.— Temo por él. ¡Pobre iluso!

—Llaman a la puerta del foro, abre la Madre y aparece Oseas con el cayado en la mano, un zurrón a la espalda y una ancha y luminosa sonrisa.

Oseas.— (Los mira y los saluda. Después de una pausa en que mira la estancia como si también quisiera hablarla). ¡Qué alegría tan grande siento al estar de nuevo entre ustedes! He recorrido el Reino de Judá, he hablado ante reyes, pueblo y mercaderes. Mis palabra los ha estremecido a todos. Vengo feliz de mi obra. ¿Pero qué les pasa? Jamás me han parecido tan extraños.

Eleazar.— No lo creas.

La Madre de Oseas.— Nuestras preocupaciones no son como las tuyas; nosotros no tenemos que redimir a nadie.

Oseas.— Pero... los veo enigmáticos. Madre, dame un poco de agua.

La Madre de Oseas.— Hay hidromiel.

Eleazar.— Siempre es buena la dulzura de la miel; todo en la vida es tan amargo.

Oseas.— Dices bien. (Recibe la escudilla y bebe a sorbos). Y adónde está mi esposa?

La Madre de Oseas.— (Ya desbordada). ¿Preguntas por tu mujer? No me lo preguntes a mí, pregúntalo en las Tabernas, pregúntaselo a los mercaderes y camelleros, a los viciosos de Samaria. Es... una loba, una cosa asquerosa.

Oseas.— Yo no pregunto lo que ha hecho; pregunto adónde está.

La madre de Oseas.—Anda, búscala en los caminos que van a Persia; allí está deteniendo a los hombres de las caravanas. (*Oseas calla conturbado: ha dejado de beber y medita prolongado hasta un punto lejano.*)

Eleazar.—Todo el mundo se ríe de tí.

Oseas.—Es lástima que yo no pueda reirme de todo el mundo.

Eleazar.—Es probable que te arrojen de Samaria. El Sumo sacerdote te espera con el objeto de obligarte a cumplir en tu mujer,

Oseas.—¿Lapidarla? Mi corazón no lo cree así. La amaría si fuera buena; mala también la amo porque su pecado es una desgracia de la que no es responsable. Jehová que hizo las espinas, la forjó así.

La madre de Oseas.—Blasfemas de Jehová!
Oseas.—No lo he pensado. No me entiendes madre.

La madre de Oseas.—Eres demasiado sabio para que yo pueda entenderte (Con punzante ironía) Hablas del porvenir de los reinos y no sabes lo que pasa en tu hogar. No quiero que vuelvas a esta casa, la manchas con tu presencia. ¡Pobre hombre!

Oseas.—Debía ser mi madre a quién he honrado toda mi vida la que hablara así. ¡Ah!, es que no tienes ojos en el alma.

La madre de Oseas.—Donde tengo los ojos están bien: veo más que tú.

Oseas.—Debe ser así. (Pausa) ¿Y mis hijos?

La madre de Oseas.—(Ya cruel y arbitraria) Tú sabes que no tienes hijos. En mala hora naciste destinado a cargar con las vergüenzas ajenas ¡Mis hijos! ¡Infeliz! Debes arrojarlos de tu casa, que sean mendigos, que busquen como su madre el pan amargo del desprecio, que paguen la culpa de ella que será ramera hasta después de muerta. ¿Me entiendes?

Oseas.—Si, te entiendo, madre.

Eleazar.—Por lo menos debes repudiar a tu mujer y a tus hijos, lo manda la ley, lo desea el pueblo y tú debes obedecer.

Oseas.—Déjenme sólo, quiero pensar. (Se van *la Madre de Oseas y Eleazar*; ella murmurando: *Pensar todavía, quiere pensar*...)

(Pausa—Oseas sufre un silencio, una agonía infinita, ardientes lágrimas corren por sus mejillas—Han pasado diez años, tiene ahora canas y su semblante demuestra

—Salen los **Tres hijos de Oseas**, dos hombres y una mujer.

Los tres.—¡Padre! ¡Padre! (Corren a refugiarse en su regazo y lo acarician).

La Niña.—Padre que me tragiste de Jerusalén?

Oseas.—(Como consigo mismo) En Jerusalén sólo tienen dolor y dolor en Samaria, y también en los caminos. Y... siento que todo ese dolor ha entrado a mi corazón.

La Niña.—Estás triste, padre. ¿Quieres que te cante una canción? yo sé cantar y bailar. Los mercaderes me buscan, dicen que soy hermosa y que bailaré muy bien. Madre me ha enseñado a bailar y a cantar canciones que gustan mucho a los mercaderes persas.

Oseas.—... A los mercaderes persas ... (Pausa). ¿Nada más te ha enseñado tu madre?

La Niña.—Nada más. ¿Bailo?

Oseas.—Yo no soy mercader ... persa.

La Niña.—¿Estás enfadado?

Oseas.—No (Siguiendo el hilo de sus preocupaciones). Doy el alma y la vida y recojo injurias.

La Niña.—Déjame que te acaricie: he aprendido de mi madre.

Oseas.—¿De tu madre? ¡Retírate! ¡Retírense los tres! (Pausa, los niños están consternados). ¿Me quieren?

Los tres.—Sí, sí.

Oseas.—Pero deberán dejarme y salir de esta casa. Irán al acecho de las caravanas y se alimentarán de lo que les den. A tí ... tu madre te enseñará otras cosas.

La Niña.—Padre, nosotros ...

Oseas.—¿Ustedes...?

La Niña.—No, usted no nos puede echar. ¿Qué haremos sin nuestro padre, qué haremos? No, yo no me iré, no nos iremos ninguno.

Los Niños.—Ninguno.

Oseas.—Deben irse, yo lo mando.

Los Niños.—(Llorando van a obedecer). Dá-nos un beso ante de partir.

Oseas.—(Los besa a los tres) No se alejen, no, no podría verlos marchar, quédense. Ustedes no saben lo que yo siento. Ustedes son hijos míos, deben quedarse a mi lado. Yo partiré para un largo viaje y quedarán bien guardados. Después estarán conmigo para siempre. ¡Son hijos míos! ¿Y qué importa que no lo sean, si no pidieron nacer, si no pudieron elegir padre? Ellos no han pecado, son inocentes y dulces como corderitos. (Acariciándolos). Hijos, ustedes serán buenos, ustedes redimirán a su madre.

—Sale **Gomer** ataviada como en el primer acto.

Gomer.—¿Oseas! (Se arroja a abrazarlo, él la rechaza sin brusquedad).

Oseas.—Me alegra verte. Hijos vayan al huer-

to, jueguen, juegen mucho y rían y canten.

La Niña.—¿Te canto ahora, padre?

Oseas.—No, todavía no.

—Se van los **Niños**. Hay un largo silencio en que **Oseas** mira a **Gomer** hasta que ésta se confunde.

Oseas.—¿Qué te pasa, mujer.

Gomer.—Nada ... la sorpresa.

Oseas.—¿No me esperabas?

Gomer.—Sí, sí...

Oseas.—¿Por qué llevas esas vestiduras?

Gomer.—Para... para recordar el día en que me amaste, ese día inolvidable.

Oseas.—¿Qué haces ahora?

Gomer.—Nada ... nada.

Oseas.—Quítate ese manto y esas joyas. Son muy costosas, no han sido adquiridas con mi hacienda. ¿De dónde proceden?

Gomer.—Yo ... las tenía.

Oseas.—Diestra eres en mentir. (Pausa). Me dijiste que la muerte te sería dulce si yo te la daba, ¿recuerdas?

Gomer.—Sí.

Oseas.—Gomer te voy a matar.

Gomer.—No, Oseas, no, ahora me gusta la vida: no quiero morir.

Oseas.—Sé que te gusta la vida; sé muchas cosas.

Gomer.—¿Me vas acusar?

Oseas.—Yo jamás he acusado a persona determinada. Te voy a hacer una pregunta: ¿Por qué me has engañado? ¿No fui bueno, no hice cuanto quisiste?

Gomer.—Es que ... no puedo decirlo ... Es que me aburrí ... Tú eras ...

Oseas.—¿Qué era, qué soy? ¡Dílo! Vengo de de un gran viaje a donde he hallado la injuria y la maldad. Llego y me encuentro con que mi esposa acecha en los caminos a los mercaderes; y enseña ya a su hija!

¿Por qué lo haces? ¿Acaso porque te he perdonado? ¿Me desprecias porque soy bueno? ¿No te das cuenta de mi horrible sufrimiento, no comprendes que yo tengo corazón y sé amar? ¿Por qué me has envilecido, por qué me arrastras por el fango?

Gomer.—No lo sé, Oseas; es un impulso desconocido, algo que no comprendo. Yo te quiero, ¡Juro que te quiero! Voy a los caminos, queriéndote, arrastrada por una fuerza irresistible. Me arrepiento de lo que hago; pero lo repito. ¡Castígame! ¡Repúdame! ¡Mátame! ¡Todo lo merezco! ¡Pero muera yo sabiendo que me perdonas! Saldré para siempre de tu casa, y, cuando

muera maldecida, me iluminará tu nombre.

Oseas.—No te mataré ahora; te quiero demasiado para hacerlo.

Gomer.—Oseas, viejo mío, el mejor de los hombres. ¡Cómo pudiera darme entera a tí, y morir en seguida!

Oseas.—¿Me seguirías al desierto?

Gomer.—Te seguiría el fondo de una cisterna llena de sierpes. ¿Me llevarás al desierto? Oh, ¡qué feliz voy a ser cuando solamente estemos los dos! No quiero ver otros hombres, quiero estar solamente contigo. Ya vamos al desierto.

—Se oye ruido de Muchedumbre que avanza. Irrumpe la escena por el foro el Sumo Sacerdote, ataviado con sus ornamentos y báculo. Por la derecha, Eleazar y la Madre de Oseas.

El Sumo Sacerdote.—Oseas, Profeta al servicio de Jehová, esta mujer es adúltera, la acusa todo el pueblo, la acusa Eleazar. ¡El pueblo la reclama para lapidarla!

Voces.—¡Buscamos a la adúltera!

—¡A la loba de Samaria!

—¡A la muerte! ¡a la muerte!

El Sumo Sacerdote.—Eleazar, primo de Oseas, ¿esta mujer es adúltera?

Eleazar.—Sí.

El Sumo Sacerdote.—Conducidla al Tribunal.

Gomer.—Eleazar, ¿Tú me acusas? ¿Tú que me empujaste, tú quien con ruegos, amenazas y castigos venciste mi resistencia? ¿Tú me acusas? ¡Tú eres bueno!

Voces.—¡Queremos a la adúltera!

Oseas.—Yo, Profeta al servicio de Jehová, que por inspiración de El, casé con esta mujer; acuso a los que la acusan, de haberla incitado a pecar. Sois como fieras, habéis olido sangre y ninguno han mirado en su corazón. ¿Quién de los que gritan, puede desnudar su alma? Tú Sumo Sacerdote, te inclinas ante los poderosos y eres cruel

con los desvalidos; No me interrumpan ni amenacen digo la verdad! (La confusión y las voces que han querido interrumpirlo, callan) ¿Qué has hecho del tesoro del templo, qué has hecho del culto? Vistes con galas costosas y sacrificas en altares labrados, que sabes que Jehová desprecia. Esta mujer es pecadora; pero también lo son los que la acusan. Yo no la permitiré ir al Tribunal donde cada anciano es un malvado; ni dejaré que la lapiden. Yo la defiendo. La amo pecadora, porque Jehová me ha enseñado que el amor va más allá de todo egoísmo, y porque El, ama a este pueblo rebelde e infiel que acusa a la mujer que ha engañado a un hombre sin recordar que él ha engañado y engaña a Dios. Ven, mujer, refúgiate en mi corazón y salgamos para siempre de esta ciudad malvada. Juntos haremos la jornada, confidenciaremos bajo los astros y así aprenderás a conocer la verdadera vida y la verdadera belleza. (A la puerta foro) ¡Paso, lapidadores, que cargáis con un sepulcro en vez de corazón!

—Abrazada la conduce a través de la Muchedumbre aplastada por un silencio de asombro.

TELON

—Tienda de Oseas en el desierto bajo una palmera. Es el atardecer. Hay un silencio recóndito, un silencio que tiene alas y manos, que al oprimir los corazones, despiertan los recuerdos.

—En la puerta de la tienda, Gomer magnífica en su hermosura contempla a Oseas que se recorta como un monolito sobre el oro incendiado del crepúsculo.

Gomer.—Oseas . . .

Oseas.—*Gomer.*

Gomer.—Acércate, así. Oye, mirándote de pie, en la tarde, he tenido la sensación de que eres sobrenatural. (*Oseas sonrío*) Sí, Oseas, sobrenatural. Te veo más grande que todos los hombres, magestuoso como no lo fué ningún rey y con una bondad que no la tendrá jamás profeta alguno.

Oseas.—Parece que empiezas a amarme; sólo el amor dice esas palabras.

Gomer.—¿Amarte? Si nunca he dejado de hacerlo. Si nunca dejaré de adorarte. Tus frases, tus pupilas, todo tú gravitan sobre mi alma, están impresas en mi corazón.

Oseas.—Que bellos son tus labios cuando dicen frases de consuelo, yo soy muy triste, *Gomer.*

Gomer.—¿Tú, un triunfador?

Oseas.—No lo soy.

Gomer.—Los dignatarios, los reyes se estremecen ante tí.

Oseas.—Me temen; pero no me aman. Me desprecia mi madre, me ofende el pueblo que defiendiendo, los afectos me traicionan, jamás he logrado un afecto duradero. Muchas mujeres se han acercado a mí, me han dejado un dolor y se han marchado. Todos se alejan del profeta que ama; pero que no halaga, que no tiene otra idea que amar, que de amar vive y que por amar morirá.

Gomer.—Temen a tus palabras, se espantan de tus dolores.

Oseas.—¿Tú también?

Gomer.—Algunas veces. Hay momentos en que no hay brisa más tierna que todo tú; pero otras veces eres arbitrario, cortante, terrible y hasta injusto.

Oseas.—No me doy cuenta; yo soy como un niño que se ha hecho hombre sin pasar de niño, un niño que desea con delirio algo que le pertenezca: un amor ¿entiendes? un amor.

Gomer.—Yo te amo.

Oseas.—Tu pasarás mañana y me dejarás el dolor más grande.

Gomer.—Yo no te dejaré. Oseas, si no te amara no estaría a tu lado. Tú estás en mi alma y en mis sueños; todo lo que soy a tí te lo debo. Me has purificado, me has engendrado de nuevo; por tí aprendí la belleza, ví brillar los astros, comprendí la oración, sentí la inmensidad de la flor y de la montaña y aprendí el dolor Oseas, yo, algunas veces, temo que te aburras de mi insignificancia, que te avergüences de mi vida pasada y me dejes.

Oseas.—Desecha esas ideas.

Gomer.—¿No me déjes nunca! Si me dejaras me perdería, si te murieras, tendría que seguirte. ¿No me dejes nunca!

Oseas.—¿*Gomer!* (*La acaricia. en ese momento, inundado de ternura, es más que un hombre*).

Gomer.—Te comprendo. Sé que has perdido tu apego al mundo porque has sufrido demasiado.

Oseas.—El mundo me atormenta, es sordo y murmurador.

Gomer.—¿Me dijiste que querías tener un hijo para aferrarte a la vida?

Oseas.—Lo pensé.

Gomer.—Yo quiero dártelo, yo quiero tenerlo, quiero que florezca en mis entrañas.

Oseas, ¿dame el hijo! *Oseas,* ¿dame el hijo!

Oseas.—*Gomer,* yo soy viejo. ¿No crees que soy viejo? ¿Ves mis canas?

Gomer.—En tus canas titilan las estrellas, tus canas son hilos de estrellas. Amo tus canas que son hermosas, que son puras, que brillan, que fascinan. Ningún hombre tiene una cabeza como la tuya, tan noble, tan pensadora. Oseas, tú no sabes cuán hermosa es. (*Pausa*). ¿Dame el hijo!

Oseas.—Si yo pudiera, si fuera capaz de prolongarme en un hijo bendeciría mil veces más a Jehová y a la mujer que me hiciera padre. Pero no soy capaz, no me creo capaz.

Gomer.—No digas esas palabras. Yo te aseguro que tú vales más que todos los jóvenes. Nadie me ha revelado como tú el amor. Eres ardiente, eres inmenso, no hay hombres como tú. ¿Dame el hijo! (*Pausa*). Vales tanto como hombre, que te voy a decir algo que tengo en el alma, algo muy hermoso, algo que me reveló lo que era el amor.

Oseas.—Habla.

Gomer.—Te acuerdas cuando me llevaste a la montaña, cuando en la parte más abrupta hicimos un nido?

Oseas.—Lo recuerdo.

Gomer.—¿Te acuerdas de todos los detalles? Cayó el crepúsculo, brotaron las estrellas que me señalabas con tu índice, y se alzó del horizonte una luna enorme. ¿Te acuerdas?

Oseas.—Sí, me acuerdo.

Gomer.—Entonces, nos amamos. ¿Y sabes lo que sucedió? Perdí la sensación de la carne, del goce terrenal, me sentí como algo incorpóreo y tan puro como no pude soñarlo. Me alejé tanto del mundo que llegué a la convicción de que nuestro amor

era santo, no de seres humanos. Oseas, tú me lo has revelado todo. Gracias. Con mil vidas no podría compensarte.

Oseas.— Yo también sentí esa santidad y fui verdaderamente feliz. Tú me rebelaste la santidad del amor. ¡Fuí tan tuyo! Se borraron de mi imaginación, de mis potencias todos los hechos del mundo, hasta sentí—Jehová me perdona—que se borraba lo divino. Fuí tuyo, como no lo seré jamás. *Gomer*, te amo, te amo, quiero darte el hijo. (Un abrazo que es una túnica de pasión): Dime, crees en mí?

Gomer.—Sí.

Oseas.— ¿Crées que te quiero?

Gomer.— ¡Oh, sí!

Oseas.— ¿Qué harías por mí?

Gomer.— Cuando tú quisieras.

Oseas.— ¿Aún siendo yo viejo?

Gomer.— No hables. Soy tuya como no lo he sido jamás. Como no volveré a serlo. Te amo, Oseas, te amo. Déjame besar tus canas, déjame acariciarte, déjame ser tuya como yo lo he soñado. ¡Ah! yo he soñado mucho. Figúrate, anoche...

Oseas.— ¿Añoche?

Gomer.— Soñé que estábamos en una gran

ciudad de la que tú eras dignatario. Nos despertaban con arpas y salterios e íbamos vestidos de púrpura. Y yo, era en la ciudad, la esposa del primero entre los varones, la esposa de Oseas. Y todos me rendían homenajes que yo despreciaba.

Oseas.— ¿Echas de menos la ciudad?

Gomer.— Cuánto tiempo hace que estamos en el desierto?

Oseas.— Algunos meses.

Gomer.— Me parece que hace un día.

Oseas.— Cuando sientas tu alma fortalecida, iremos otra vez a la ciudad.

Gomer.— Siento sobre mí el sortilegio del anochecer, ámame. Oseas, ámame como en la montaña, dame las micles puras de tus labios, quebranta mi cuerpo con tus abrazos. Uneme a tu pecho, dame tu amor, pues si no me lo entregas todo, moriré. Mi cintura desfallece, mi corazón está enloqueciendo, dame tu amor. Amame hasta el amanecer, quiero ser feliz, quiero tu amor, quiero un ser un detalle de delicias en tu vida, quiero ser lo único tuyo, lo más tuyo que hayas tenido, que tendrás. Bésame, Oseas. Amame como en un sueño imposible. (Lo abraza y besa, locamente).

TELON

—La misma escena. Amanece.

—Rendida; pero jamás saciada, *Gomer*, sale de la tienda prendida al cuerpo de *Oseas*. Este sonríe en el máximo de la felicidad. Ha realizado el infinito milagro del placer doloroso del amor y se siente con mayor dominio de la vida. Ama a la mujer que es suya y cree que jamás lo volverá a herir un dolor.

Gomer.— ¡Eres inagotable! ¡Eres un Dios! Nadie ama como tú! Estoy desfallecida, me ha faltado poco para morir de amor, lo repito, nadie en el mundo puede darse como tú. Gracias, después de esta noche ya puedo desaparecer. (Pausa). Me río de la griega Siringa que decía que tú no sabías de amor.

Oseas.— Veremos levantarse el sol.

Gomer.— Me prometiste...

Oseas.— Llévate a la ciudad, dejarte usar tus galas e ir a un sitio que yo conozco en el desierto, para traerte unas flores que retratan el sol, unas flores que dan melancolía como los atardeceres y la dulce tristeza del amor.

Gomer.— No quisiera separarme de tí. Tengo miedo. ¿Nadie pasará por aquí?

Oseas.— Nadie. Esta es una ruta abandonada.

Las caravanas temen al viento del desierto. Estamos sobre un cementerio. En este montículo donde levantamos nuestra tienda duermen millares de viajeros aplastados por la arena.

Gomer.— ¿Por qué me trajiste aquí?

Oseas.— Para qué muriéramos unidos.

Gomer.— ¿Todavía sigues deseando morir?

Oseas.— Ahora, después que tú te me has rebelado, no.

Gomer.— ¿Crées en mí?

Oseas.— Sí.

Gomer.— ¿Me quieres?

Oseas.— Te adoro.

Gomer.— ¿Cuánto me quieres?

Oseas.— No te cambiaría por todas las riquezas del mundo. Siento que por tí... hasta abandonaría a Jehová. Mujer, me tienes

hechizado, el día que me faltes moriré o enloqueceré.

Gomer.— Es que yo seré para tí como tu voz, como tus manos, iré siempre en tí, siempre. Tú serás la canción y yo el eco. Tú serás la senda y yo el caminante.

Oseas.— Voy a partir a buscar las flores. Hasta pronto.

Gomer.— Te alejas sin besarme. Bésame, Oseas, quiero que el sol lo vea. Dame tus labios, tu lengua, dame tus brazos. Amame de nuevo y déjame agonizante de pasión. Quémame con tus ojos, háblame, háblame, mira que presiento que a tu vuelta me encontrarás muerta de amor y de angustia por tí. No vayas Oseas; para flores tengo tus cabellos; para dolores de amor los míos y los tuyos. No te vayas.

Oseas.— Iré, te lo he prometido.

Gomer.— Pero volverás pronto.

Oseas.— Muy pronto, yo no puedo separarme de tí.

Gomer.— Oseas, bésame otra vez. (Beso).

Oseas.— Gomer, ¿quieres empeñar un voto sagrado?

Gomer.— El que desees.

Oseas.— Aquí hay un cementerio, allá arriba y en todas partes está Jehová, quiero que sobre la majestad de la muerte y bajo la mirada severa de Dios, me jures que jamás me harás traición y que yo seré tu único amor.

Gomer.— Quémese; caiga en pedazos mi carne, despréndanse mis cabellos, destrúyase mi corazón, sufra yo todos los tormentos si falta. ¡Qué Dios me precipite a los abismos si dejo de amarte. Te amo, Oseas, sólo vivo para tí y por tí. Abrazame y vuelve pronto. (Abrazos. Caricias)

Oseas.— Hasta luego.

Gomer.— No tardes. (Lo contempla hasta que se pierde y entra en la carpa. Largo silencio).

—Música lejana. La canción de la caravana.

Voces.— Ohé, camellos,
seguid la huella,
hendid la arena
sin descansar.
¡Ohé, ohé!
Cruzaad ligeros.
que en otra tierra
una princesa
nos amará.
¡Ohé, ohé!

El Solo.— (*Elidor*, el persa). Princesa, he atravesado la tierra para encontrar las perlas dignas de tus collares; las piedras preciosas que mielarán tus ajoreas y tus pulseras, los sarcillos que te ofreceré pertenecieron a Belkis la apasionada. y se tiñeron de púrpura palpitante la noche que ella entregó por primera vez al rey sabio, la magnolia de su amor. Perfumes de la Arabia, telas de Tiro y de Sidón conducen mis

camellos. Un caracol de púrpura caído del sol donde eternamente murmura el Mar Rojo, y un talismán que aleja para siempre el dolor, te llevo como ofrendas extrañas. Llevo las frutas más dulces y perfumadas; pero lo que pesa más, y lo más dulce de llevar es la carga de amor que incendia mi corazón que canta tu nombre, tu belleza y tu amor.

Voces.— Ohé, camellos,
seguid la huella,
hendid la arena
sin descansar.
¡Ohé, ohé!
Cruzaad ligeros.
que en otra tierra
rubias princesas
nos amarán.
¡Ohé, ohé!

—Se oye el tintinear de las campanillas de los camellos. *Gomer* sale de la tienda. Luego aparecen *Elidor*, la *Bailarina egipcia*, y toda la caravana. Además *Agar*, esclava.

Elidor.— (Al Camellero). Osmán, que descansan brevemente los camellos. (A *Gomer*). *Gomer*, acércate. ¿Qué haces aquí? ¿Penitencia? Penitencia debe hacer Samaria porque tú no estás. Ven conmigo a Per-

sia; allá serás señora; mandarás esclavas, una corte habrá a tu alrededor. Tendrás los más ricos vestidos y poseerás mi amor. Un cántico compondré en honor tuyo. Yo seré más tuyo que ... tus pecados que tus

pensamientos. Vente, Gomer. Hace años que te deseo, años que te siento y te pienso. ¿No me hablas?

Gomer.— No puedo seguirte.

Elidor.— Una senda de flores para que pases haré en el desierto. Te daré un vino que producí visiones de gloria, dátiles de los más sabrosos del mundo, pedrerías y tejidos que te asombrarán, joyas y brazaletes fantásticos, sandalias de piel de princesa, ornadas con perlas. Toda la caravana será tuya, como mi amor.

Gomer.— Lo espero, él fué por flores para mí. El me ha formado, me dotó del alma

que me faltaba, me dió los más puros placeres. Debo esperarlo.

Elidor.— Pero hace mucho tiempo que me amas, yo lo sé. Sé que me buscaste, aquí me tienes. Goza, que el tiempo pasa y sólo deja dolores. Ven conmigo, tu profeta es viejo, no sabe del amor. Es un doloroso, no sabe del canto ni de la danza, ¿qué le importa un dolor más? Además, es servidor de un Dios implacable, enemigo del amor y de la vida. Ven conmigo. Esta vida de santidad te quitará tu lozanía y te hará odioso el placer y también la belleza. (Llamando); ¡Osmán!

—Sale **Osmán**, el joven camellero, hermoso muchacho, fino y grácil como una mujer. Gomer lo mira hondamente.

Gomer.— ¡Qué hermoso es el muchacho que conduce los camellos!

Elidor.— Es hijo de príncipe. Osmán, trae vino.

Gomer.— (Viéndolo marehar y lanzando tras él sus ojos y su corazón). ¡Qué hermoso es el muchacho que conduce los camellos!

—Vuelve **Osmán** y ofrece ánforas plenas a **Gomer**, a la **Bailarina Egipcia** y a su amo **Elidor**.

Gomer.— (Dándole su copa). Bebe tú. (Osmán se sorprende y mira a su amo, la Bailarina enciende su gesto en desdén).

Elidor.— Obedece. (Osmán bebe y después Gomer).

La Bailarina Egipcia.— (A Elidor). Se ha enamorado del camellero; te seguirá no por tí.

Elidor.— (Sin hacerla caso, refiriéndose a Gomer). Qué los dioses te hagan más her-

mosa y enciendan en tu corazón el fuego de un amor tan grande que sepa quemarnos a los dos. Qué nuestro amor arda como una sola rosa, que nuestra pasión abraza como el sol y sea tan tumultuosa como el viento del desierto. ¡Baila, egipcia, para la que será tu dueña!

La Bailarina Egipcia.— No bailaré.

Elidor.— ¡Osmán, trae correas!

La Bailarina Egipcia.— ¡Necio! No bailaré para ella sino para la eternidad!

—Suenan las arpas, los pifanos y los salterios. La **Bailarina** da unos pasos, saca de su pecho un puñalito de oro y traspasa su corazón.

Agar.— (Acercándose a atenderla).— Era una buena mujer y sabía amar. El hombre casi nunca comprende a la mujer.

Elidor.— Agar, judía amenazante, cállate, no olvides que eres esclava. Esa mujer sabía lo que debía hacer. Es la primera mujer sabia que encuentro en la vida. (Ríe). Osmán, que la entierren en ese túmulo. (Se la llevan, va Agar).

Gomer.— ¿Es judía?

Elidor.— Sí, de buena raza.

Gomer.— Le tengo vergüenza.

Elidor.— No echas a perder con reparos fúti-

les mi felicidad. ¡Bendecido sea el destino que me trajo por una ruta abandonada que me ha sido tan propicia. Sube, Gomer, al camello.

Gomer.— Un día te aburrirás de mí.

Elidor.— O tú de mí. Pero, antes, está segura que habremos agotado el amor. Y cuando ese vaso está escanciado, ¿para qué sirve la vida?

Gomer.— Repito que no puedo seguirte. Amo a Oseas, le debo mi alma. Con la luz de la suya me forjó. (Ha vuelto Agar y escucha muy atenta), y me quiere y sufrirá horriblemente si no me encuentra. No, no

puedo irme. (El Camellero Osmán atraviesa la escena, ella lo mira ardida).

Elidor.— Anda, no olvides que te llama la voz de la vida. Deja a Oseas, estos viejos austeros son sólo sembradores, no tienen derecho a los frutos, los ignoran . . .

Gomer.— (Llorando de rodillas en tierra).

Oseas, Oseas, sabe Dios que te amo; pero no puedo resistir al tiránico impulso de mi destino. Me alejaré con la muerte en el alma llorando por tí. Perdóname si soy perjura, Jehová me castigará. Oseas, jamás podrás darte cuenta de mi enorme dolor. (Viendo a la esclava Agar que la mira en-

tristeida). Dad un camello a Agar que busque a Oseas en Samaria, que no lo espere aquí porque me seguiría y moriría en el desierto. Agar le dirá cuanto lo amo, ella es mujer. . . ella comprenderá mi angustia, esta. . . torpeza de mi acción, esta mano que me ata al destino más adverso. El oirá y me perdonará.

Elidor.— Id, Agar, eres libre.

Agar.— Gracias, Gomer, confía, sabré dar tu mensaje.

Gomer.— (Llora a sollozos mientras la conducen al camello). Oseas, adiós, te adoro, Oseas, perdón!

TELON

—Un viejo huerto. Un árbol, al fondo Samaria.

Oseas.— (A unos personajes que no se ven). Pueden reirse, burlarse de mi dolor y de mi vergüenza. Mientras ustedes ríen la

desgracia teje su tela en sus hogares. Un día estas risas se tornarán en llanto.

—Ruido de voces que insultan y carcajadas que hieren. Algunas piedras caen cerca de *Oseas*. Llora éste, como un niño. Está envejecido. Sus ojos miran sin ver. Su cuerpo, que tiembla, le impide marchar. Su voz es ronca de dolor.
—*Agar* se acerca lentamente.

Agar.— ¿Eres tú, Oseas?

Oseas.— Yo fui Oseas.

Agar.— Oigo el erujido de tu alma, tu alma se rompe; tú tienes penas de amor.

Oseas.— Sí, mujer, tengo penas de amor, muero de amor. De adónde vienes tú?

Agar.— Yo te buscaba.

Oseas.— No quiero que se me acerque ninguna mujer.

Agar.— ¿Te das cuenta que soy esclava? Esa es la razón de tu desprecio?

Oseas.— Para, mí son iguales las esclavas y las reinas. ¿Tú sabes lo que es el amor? ¿Conoces un hombre que lllore de amor? Un hombre viejo que ame como yo?

Agar.— Sí, profeta, todos son frutos de la vida.

Oseas.— Mucho he sufrido desde que abrí los ojos. Tormentos, hambres, injurias; pero nada iguala a mi pena de amor. Huyó de la ciudad porque canta, porque baila y sus contorsiones estrangulan mi vida, porque su risa me rompe las carnes y porque las manifestaciones del amor ajeno me llenan de sombras. Oye, tú podrías decirme quien me oprime la garganta?, ¿quien estruja mi corazón?, ¿Sabes cómo es el viento de la angustia? No sale de ninguna parte, lo lle-

vamos con nosotros, nos hiela el corazón, baja por nuestras entrañas, dobla nuestras piernas, desata nuestras lágrimas y provoca la más espantosa agonía.

Agar.— ¡Oh!

Oseas.— Estas piernas han recorrido los dos reinos, Asiria y Egipto, y ahora no pueden con mi carga de dolor. He andado, tambaleante, deshecho, paso a paso las sendas por donde ella caminó, quería besar sus huellas; pero sus huellas no encontré. He querido saciar mi sed en el pozo que ella endulzaba con sus labios, y ese pozo está—para mí—más salado que las lágrimas. El vino, ácido y duro daña mi garganta y me rodea de visiones burlescas. Dentro de mi copa ríe ella. En el cielo, lejana, inaccesible, me parece verla; en todas partes creo escuchar su voz. En el lecho persiste su perfume que me enloquece; íntima, penetra en mis oídos su voz de seda, en mi tacto su carne de leche y rosas, su carne tibia impalpable de suavidad, más fina que todas las caricias, y en todo mi ser sus gemidos, sus espasmos de amor. La angustia que viene de todas partes me estrecha con sus manos invisibles y crueles y me va despedazando poco a poco. El alimento me rechaza, me rechaza la

luz... ya no tengo más esperanza que la muerte. ¿Sabías mujer como era la maldición de amor? Agar, te llamas Agar, eres esclava de Elidor, ahora lo recuerdo. ¿Estás llorando?

Agar.— Soy mujer, tu dolor me está traspasando, lo comprendo. Tú eres un hombre puro, tu alma está desnuda y tu emoción es como el cristal de la fuente que cualquiera brisa hiera. Estás clavado sobre una pasión que cubre—para tí—el mundo. Tus ojos, tu pensamiento, todo tu ser están circunscritos al recuerdo de una mujer que te fué y que me es muy querida y que te ha hecho mucho daño. Estás a punto de morir de amor, lo veo. ¡Feliz la mujer que logra despertar un amor semejante! Después de un amor como el tuyo, ni la muerte, ni el tormento tienen expresión. Yo, mujer, daría por tí hasta la última partícula de aliento, iría desnuda por senda de cardales, descalza correría por los roquedos, me sumergiría en el fuego más vivo. Yo te alentaría, te sostendría, te llevaría de nuevo a las ciudades para que dijeras tu verdad. Triunfarías y con tu triunfo sería feliz. ¿No podrías dejar de recordarla?

Oseas.— Es imposible. Tengo grabada con signos de fuego su figura en todo mi ser: es una mujer breve, graciosa como una gacela. Cuando se acercaba a mí, alzaba la cabeza y me ofrecía su boca, como un vaso rebozante de besos. No hay leche más grata que la de su lengua, ¡y no hay panal más dulce que sus besos! Nada hay más consolador que sus palabras, ni calor más grato que el de su cuerpo. No hay luz como la de sus pupilas. Cuando se mueve parece una gran flor, y cuando ama es la esperanza, la ilusión, la muerte, la vida. ¡No puedo vivir sin ella, no puedo vivir sin ella!

Agar.—Qué hombre eres; nadie ama como tú.

Oseas.— Mira, no puedo describirla. Delicia hablando, delicia riendo, delicia en el lecho. Se me acercaba y me ladraba como un perrito, o bailaba con ritmo único. Le gustaban las esmeraldas, quería un manto verde sobre una túnica oro viejo. Amaba, el paisaje, las estrellas, era suave y dulce. Me ha hecho el mayor daño de la vida; pero la siento la mejor mujer del mundo. No puedo ya te lo dije—apartarla de la imaginación. Recuerdo cómo tomaba las uvas, y el vino... Oh, no puedo, no puedo más... (Llora otra vez).

Agar.—¿Crees que te quiere?

Oseas.— Sí, y creo que me querrá siempre.

Agar.— Ella te ama, sé que te ama.

Oseas.— ¿Tú?

Agar.— Vengo del desierto. De ella te traigo un mensaje. Se fué con Elidor, el persa, al cual amaba desde antiguo, y que la ofreció una Corte.

Oseas.— ¡La llevó la ambición!

Agar.— La llevó el destino. Lloró por tí.

Ella ha pasado—la he visto—una agonía semejante a la tuya. A la fuerza montó al camello. Ella volverá. Sostén tu energía y espera. Ella volverá.

Oseas.— ¿Y a qué ha de volver?, me encontrará destrozado, hecho una bestia muda e insensible, incapaz de amar, incapaz de protestar.

Agar.— ¿No te hizo mucho daño? ¿No es la traición atributo humano?

Oseas.— Sí.

Agar.— Pues, aplica tu dolor al de los demás, habla aunque sea de la traición de amor. De la traición que los hombres hacen a Jehová que los adora.

Oseas.— Mujer, por tus labios habla la sabiduría. ¿Me dices que Gomer volverá? La perdonaré, la perdoné siempre. No la creo aunque me hiera, responsable del destino que la arrastre. Hablando de ella derramaré mi alma dolorida y mi dolor será sentido y llorado por todos los seres que me eseuchen.

Agar.— Bien dicho, Oseas.

Oseas.— Todos llorarán con mi dolor, todos sentirán mi pena. Todos—a través de mi dolor—comprenderán a Jehová, y cuando ella vuelva, sonreirá alegre porque sabrá que con las rosas de traición sembradas por ella en mi corazón, he construido la verdad. Tú, Agar, ¿me acompañarás a la ciudad?

Agar.— Haré lo que desees.

Oseas.— Mis amigos y mis enemigos me han cubierto de risa porque la mujer me abandonó. Para ellos soy un infeliz que debí morir de vergüenza o ahogado en una cisterna. Dicen que se me debe echar de la ciudad; pero lucharé contra su mala intención y su burla, y lograré que oigan mis palabras de dolor. Pues si no oyen las palabras del dolor que es lo único supremo, serán tan insensibles e inexistentes como los muertos que ya no pueden amar. Vamos, Agar, vamos a la ciudad, quiero que la muerte me encuentre de pie como un hombre!

TERCERA EPOCA

—Una calle de Samaria.

—Aparecen Agar y Gomer, aquélla sosteniendo a la segunda que va harapososa y enferma; pero hermosa.

Gomer.—¿Dices que por aquí pasará Oseas?
¡No sabes tú con cuánto anhelo besaría su túnica, lloraría sobre sus pasos.

Agar.— Entra en mi casa. (A la izquierda).

Estás muy agotada y la emoción podría matarte. El vendrá después que hable al pueblo; espéralo allí. (Entran. Agar la apoya siempre).

—*Elidor*, sombrío y envejecido. Cuatro *Mujeres* lo siguen, entre ellas, *Syringa*, la griega.

Elidor.— ¡Atrás, mujeres, nada quiero con vuestra seducción; me habéis destrozado el seso, macerado la carne e introducido todo lo confuso y desesperado en el corazón, atrás! Aquel profeta loco decía la verdad: el amor del cuerpo destruye toda belleza. El vino alegra; pero también enloquece; la mujer es una cisterna de dolor. (Se van todas, menos *Syringa*).

Syringa.— *Elidor*, el lindo *Elidor* habla así... Por *Venus*! yo no lo comprendo. Mucho daño me ha hecho el amor; pero moriré adorándole. Aún puedo amar; cuando sea más vieja no sé qué haré; pero ni fracasada, culparé al amor.

Elidor.— *Syringa*, tú eres su amiga, ¿la has visto?

Syringa.— Es una ruina que se arrastra. De la *Gomer* que te enloqueció no queda sino un dolor muy dulce que llama en todos los tonos a *Oseas*.

Elidor.—¿De mí no se acuerda?

Syringa.— Dice que la precipitaste a la muerte. Ella bendice a *Oseas* y a su Dios. ¿Quiéres venir conmigo? Tengo vino perfumado de *Chipre* y cortesanías jóvenes más hermosas que *Afrodita*, enemigas del dolor y oficientes de un amor que mata cuerpo y alma. ¿Vienes conmigo?

Elidor.— Iré.

—Sale *Agar* andando de prisa.

Agar.— ¡*Elidor*!

Elidor.— ¡*Agar*! ¡Eres toda una señora!

Agar.— Esclava tuya era cuando lo encontré. El me salvó.

Elidor.— ¿Quién?

Agar.— *Oseas*. Estaba agonizando de dolor por la pérdida de *Gomer*. Yo supe consolarlo. Ahora es el hombre de más autoridad de *Palestina*.

Elidor.— ¿Tú eres su amante?

Agar.— Jamás entró mujer alguna en su vida desde que se fué *Gomer*. Es puro como una piedra preciosa, y como ellas brilla. Sus labios saben enseñar al pueblo y nombrar a *Gomer*.

Elidor.— Ella me dejó por el camellero *Osman* que la vendió como esclava. *Agar*, quisiera ver a *Oseas*.

Agar.— Luego vendrá.

Elidor.— ¿Por qué no te marchas conmigo? Yo también necesito consuelo.

Agar.— Eres mi amo; si lo mandas te seguiré.

Elidor.— No te lo mando, te lo ruego.

Agar.— El irá con *Gómer*... Te seguiré.
¿Dónde irás tú?

Elidor.— A casa de *Syringa*, la griega.

Agar.— Mañana, si esas furias te dejan con vida, me uniré a tí. Hasta mañana.

—*Gomer* en la puerta.

Gomer.—*Agar*, ¿era *Elidor*?

Agar.—Sí.

Gomer.—¿Qué viejo, qué triste parece!

Agar.—Está triste.

Gomer.—¿Se acuerda de mí?

Agar.—¿Te interesa?

Gomer.—No... es decir...

Agar.—Me doy cuenta: se llevó una parte de tu vida y tú quieres saber cuanto le queda. Pues, la tiene toda. Tu amor es voraz, des-

truyó a Oseas y también a Elidor, éste muere por tí.

Gomer.—¡ Sábés, Agar, cuanto he sufrido? Era hermoso Osmán, fuerte, de labios besadores y de ojos fascinantes; cantaba y bailaba. ¡ Ah, no sabes cuanto me hizo sufrir cuando me amabas! Tenía prontos terribles. Desnuda me azotaba con correas y bebía después mi sangre y mis lágrimas. Un día me vendió a los beduinos. Estos fueron vencidos por los sirios que me entregaron a la soldadesca. ¡ Todas las muertes del mundo, todas las muertes son menores de lo que padecí! Recordaba en mis tormentos la dulzura de Oseas, las regalías de Eli-

dor; pero sobre todo las palabras del profeta cuando en el desierto me enseñó el nombre de las estrellas y lo que era el amor. Después ya no fui una mujer, fui una loba; he sufrido hambre y frío, he estado a punto de entrar en las deproserías. He venido en pos de sus pasos desde Arabia, y lo encuentro cuando ni siquiera puedo nombrarlo sin que la vergüenza me cubra. He sido mala, Agar; pero Jehová me ha castigado. Sufro contenta el castigo, porque limpia mi alma. Y cuando haya obtenido el perdón de Oseas, me dormiré dulcemente en la muerte.

Voces.—(Dentro) ¡ Oseas va a hablar! ¡ Oseas va a hablar!

—Sale la **Muchedumbre** y luego **Oseas**, anciano albo de años, de supremo dominio y claridad, mirada apasionada y ardiente.

Oseas.—“Oíd la palabra de Jehová, hijos de Israel; porque Jehová pleitea con los moradores de la tierra, porque no hay verdad ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra”.

Gomer.—Es como un Dios, como corriente de agua pura, pronto a derramarse para purificar la tierra.

Oseas.—“Perjurar y mentir, y matar y hurtar y adulterar prevalecieron y sangres se trocaron contra sangres. Por lo cual la tierra se enlutará y será borrado todo morador de ella—con las bestias del campo y las aves del cielo, y aun los peces de la mar, serán cogidos. Conforme a su grandeza, así pecaron contra mí. *Yo pues también* trocaré su honra en vergüenza. Y comerán, más no se hartarán; fornicarán, más no se aumentarán. Fornicación y vino quitan el corazón.

Gomer.—Agar, quitan el corazón.

Oseas.—“Sobre las cabezas de los montes sacrificaron, y sobre dos collados incensaron; debajo de encinas y álamos y olmos que tuviesen buena sombra; por tanto vuestras hijas se entregarán, y vuestras nueras adulterarán. No visitaré vuestras hijas cuando se entregaren, ni vuestras nueras cuando adulteraren; porque ellas ofrecen con las rameras y con las malas mujeres sacrifican; por tanto el pueblo sin entendimiento caerá”.

Gomer.— ¡ Ramera fui, mi vientre está mal dito!

Oseas.—“Porque como becerra cerrera revocó Israel; apaciéntalos, ahora, Jehová como a carneros en anchura. Efraín se ha da-

do a ídolos, déjale. Su bebida se corrompió, amaron y se entregaron en mentira e idolatría, amaron los dones, lo cual es afrenta de sus príncipes. Atóla el viento en sus alas y de sus sacrificios serán avergonzados”.

Gomer.—Agar, no me atrevo a hablarle.

Oseas.—“Así a mí, Jehová dióme una mujer pública que crié en mi corazón y la entregué la luz de mi alma. Y esa mujer, siguiendo vientos de pecado, se exparció a todos los rincones de la tierra, y en todas partes se entregó. Así se ha entregado Israel, así Judá, así Efraín”.

Gomer.—Sus palabras me destrozan. (Llora).

Oseas.—Pero aunque el dolor de amor destruyó toda mi vida, y aunque la venganza tronó en mi corazón, yo no pude odiarla, y así como yo la espero para redimirla con mi amor grande como mi existencia, así Jehová perdonará a todos los réprobos que vayan hacia El.

Gomer.—¡ Oseas! ¡ Oseas!

Oseas.—¡ Gomer! (Va hacia ella).

Gomer.—He recorrido aventada como flor de cardo, todos los campos del mundo, he pecado en todas las sendas, y he sufrido en todos mis instantes, de lágrimas he regado el mundo; la muerte me toca ya en el corazón; he llegado con mis últimas fuerzas para decirte: “Oseas, nunca amé a nadie, más que a tí; a través de mi dolor comprendí tu verdad y tu virtud. Creo en lo que enseñas, creo en Jehová, bazo tu perdón y el suyo. Sacrificio mis últimas lágrimas, acógelas. ¡ Tú que sábés la verdad, perdóname! ¡ Mírame arrodillada ante tí!

Oseas.—Mujer. Faltabas en mi vida, te esperaba, te esperaba con angustia. Gracias por haber venido. Mi amor te redimirá, mi amor te confortará, serás feliz a mi lado, serás como el peregrino que ha llegado de un viaje imposible. Ven a mis brazos (Se le abraza sollozando). Sosiégate, mujer, mi pecho contiene la única verdad del mundo; la verdad del amor.

Gomer. — Silencio, que el amado duerme, quiero ponerme hermosa para ser delicia de sus ojos cuando despierte. Silencio, el amado duerme. Entraré de puntillas en su alcoba y le daré el beso que he forjado con florecer de ensueños, y le daré mi cuerpo desnudo como una flor y le ungraré con mis lágrimas y creeré solamente en él. Seré la novia eterna, la que jamás mi-

rará nada que pueda ofenderle. Cantos aprenderé para su regalo, sacrificaré con él moriré sobre su regazo. ¡Silencio, que el amado duerme!

Agar.—Este delirio es su último esfuerzo, va a fallecer.

Oseas.—Camino de la eternidad, va sonriendo, purificada por su dolor de amor.

Gomer.—¡Oseas, bésame, quiero llevar una pequeña hoguera de pasión en los labios, una mancha de dulzura en mi último sueño, bésame, te amo!

Oseas.—¡Gomer! (La besa)

Gomer.—Te amo en eternidad, tu perdón es luz ... es ... (Muere).

Oseas. — Gomer, aprendiste a ser buena, aprendiste a ser santa, benditas seas!

TELON
